

En esto consiste el seso, el entendimiento, el gobierno, el sustentarse el mundo: y yo anduve tras de esto olvidado de Vos, más homicida de mí que Herodes de los niños inocentes. Y no siento que andáis huyendo de mí cuando esto hago; y pienso que vivo, que soy, que sé, que hago, que me sustento. Y en todo esto me hallo sin Vos, vida, ser, saber, poder y substancia verdadera y perfecta del alma. Vos con pobreza de espíritu me queréis hacer rey y rico; y yo mato la pobreza para serlo. Vos me queréis hacer grande, con la humildad; y yo la mato para engrandecerme. Vos me queréis hacer honrado con sufrir; y yo pierdo la paciencia por conservar la honra. En todo os contradigo; en todo tengo miedo de vuestra compañía. ¡Oh Señor, cómo quedo sin Vos, qué pobre, qué abatido, qué cautivo, qué infame y cuán apartado de la vida eterna y de los bienes verdaderos! Misericordia, Señor; por ella os pido, que antes me deis la muerte de los inocentes, que la vida del rey Herodes. Sea hoy, Señor, el fin de mis desventuradas muertes y el principio de vivir en Vos. Dadme amor á vuestra ley; sujeción á vuestra doctrina; obediencia á vuestra voluntad. Sea mi prudencia vivir de lo que me enseñáis y morir por lo que me mandáis. Acabad Vos mis males, pues solo en Vos y con vuestra virtud pueden acabar. Dadme, Señor, que de aquí en adelante no quiera miembros, sentidos, potencias del alma, fuerzas y vida, sino para serviros. No es menos gloria vuestra llenar vuestra casa de malos convertidos, que de mártires inocentes. Glorificaos en mí, trayéndome en pos del olor de vuestras virtudes; ese penetre mi interior, ese encienda el amor de esta alma, ese me haga aborrecer el amor del mundo, ese me dé único y perpetuo deseo de Vos, vida de mi alma.

Oh Madre de Dios y Señora mía, que por este Señor y de El vivisteis siempre; por quien los muertos podemos alcanzar vida, resucitación por vuestra intercesión mis miserables muertes, á la vida de puro espíritu y amor de El inseparable. Oh corte celestial, que sólo de la vida, poder y grandeza de este Señor tenéis el reinar con él, alcanzadme que reine El en mí, para que por El vaya yo á reinar con Vos para siempre. Amén.

TRABAJO X

De la obediencia.

ASTANDO Cristo en Egipto después de la cruel muerte de los inocentes, murieron Herodes y los de su bando, que pretendían matar al Señor. Reveló Dios su muerte á San José, esposo de la Virgen, y le mandó que volviese á tierra de Israel con Ella y con el Niño. Vuelto, se aposentó con ellos en la ciudad de Nazaret de Galilea, recelando parar en Judea por miedo de Archelao hijo de Herodes, que reinaba en ella; porque como veía que el Hijo de Dios encubría la divina Majestad de su poder infinito con la humildad de su humanidad y niñez, y que con tan grandes muestras de flaqueza, no quería resistir á ningún trabajo que se le ofreciese; temió San

José que Archelao heredase con el reino de su padre el cruel deseo que tenía de matar á Cristo, y no quiso dar ocasión en lo que estaba de su parte á nueva persecución del Niño Jesús, cuya vida y sustento estaba por entonces á su cargo; y así por esto como por divina revelación, se fué á vivir con El á Nazaret, lo más encubierto, desconocido y disimulado que pudo, sin hacer demostración del divino tesoro que tenía en el divino Jesús, y sin hacer diferencia de El á todos los demás niños del pueblo, siguiendo el orden que por entonces tenía el Padre Eterno con su Eterno Hijo humanado. Allí criaron al Señor la Virgen sacratísima y su Santo esposo. Desde allí, cumpliendo con la ley, iban al templo de Jerusalén cuando Ella lo mandaba; donde el Niño siendo de doce años se dejó perder, y fué hallado por ellos en el templo al tercer día. Allí le mantuvieron con el trabajo de sus manos como pobres hasta la edad de treinta años, en que el Señor tuvo por bien el manifestarse al mundo con divinas obras y doctrinas. Y de todo aquel tiempo de la vida del Señor á esta edad, no se escribe de El otra cosa, sino que estaba sujeto á la obediencia de nuestra Señora y de San José.

En la virtud de la obediencia se resume toda la vida, obras y doctrinas del Señor, y es como un género generalísimo, ó un árbol de que procedieron, y en que se fundaron todos sus trabajos. San Pablo atribuye á esta virtud toda la gloria que el Padre Eterno dió á su Unigénito Hijo y á su nombre en la tierra: *Porque fué obediente en todo, hasta morir por obediencia en la cruz; por eso, dice, le ensalzó Dios y le dió el soberano nombre de Jesús, al cual adoren todos en el cielo, en la tierra y en los infiernos; y todos crean y confiesen que él es Dios y que está á la diestra de Dios Padre.* Así en lo que de El escriben los Santos Evangelistas, ninguna cosa hallamos más general que la obediencia. Llámase *Mestas*, que quiere decir enviado, y declara que la obediencia le trajo á la tierra, y que entró en ella del modo que estaba ordenado por el Padre Eterno. La primera palabra que se escribe haber salido de su sacratísima boca, es la que dijo á nuestra Señora cuando fué hallado de doce años en el Templo entre los doctores: *¿No sabéis que en las cosas de mi Padre conviene que yo esté ocupado?* Como que ya la Señora no debía tener otra cosa más sabida y cierta, que ser el único cuidado de su Hijo el desvelo de hacer la voluntad de su Eterno Padre. Y aunque el Señor había hablado otras muchas cosas y en aquel mismo lance, dice San Lucas, que estaba preguntando en el Templo á los doctores, no quiso el Espíritu Santo que nuestra fe supiese otra primera palabra de aquella divina y sapientísima boca, sino la de la obediencia.

De la vida del Señor desde doce á treinta años (llena toda de admirables ejemplos y virtudes, que si estuviera escrita bastara leerla para enseñar perfectamente á las almas sin otras más palabras), no se dice otra cosa sino que vivía en obediencia, sujeto á nuestra Señora y á San José, sin querer que supiésemos de El más que obediencia, no sólo para con Dios, sino para con los hombres, que

en cuanto humano le dió su Padre por superiores, como son los padres á los hijos. Después que el Señor empezó á predicar y descubrir sus obras, el más general lenguaje suyo era que vino á hacer la voluntad de su Padre, que de eso se mantenía, que su doctrina no era suya, sino de El; dando á entender que no hablaba palabra que no fuese dictada por el Padre Eterno. Cuando le prendieron, ninguna otra razón dió para no consentir que los apóstoles le defendiesen, sino que ¿cómo no había El de beber el cáliz de la obediencia de su Padre? Finalmente; porque los fines correspondiesen á los principios y medios, las dos últimas palabras de su vida cuando expiró fueron: *Acabado es todo lo que se me ha mandado, y en tus manos, Padre, encomiendo este mi obediente espíritu*, y ahí le pongo en las manos que me gobernaron, y cuya obediencia reconocí y cumplí hasta esta última hora.

Con cuántos y cuán inmensos trabajos vivió y murió Cristo nuestro Señor en obediencia, no es posible escribirlo perfectamente ni agradecerlo. Los treinta años de obediencia, que el santo evangelista San Lucas describe con una sola frase diciendo que estuvo sujeto á la obediencia de la Madre Virgen y de San José, y de que los demás evangelistas no hablan ni una palabra, dan admirable materia de consideración á las almas devotas. Porque no se pueden comprender las perfectísimas virtudes que había en aquella gloriosa Trinidad de la Virgen, Jesús y José, en la quieta consonancia y heroica perfección de mandar, obedecer y humillarse. La humildad con que la Señora adoraba á su Dios é hijo, no tuvo igual en el cielo ni en la tierra; la mortificación que le costaba mandar como Madre á su Dios, era por la medida de su humildad; y mandando, obedecía más perfectamente á la voluntad del Padre Eterno que así lo quería, y con mucho más trabajo que si en todo fuera mandada. El Hijo de Dios vivía en perpetuo silencio, y servía á su Madre en todo, y á San José como si fuera padre, pues estaba en esa reputación. San José era más venerado y obedecido de ambos como cabeza de la casa, y en esta superioridad andaba más anquilado en sí interiormente, que todas las más bajas criaturas. Así tuvieron allí su alto y soberano trono la obediencia y la humildad, con más perfección y heroica alteza que en todas las demás criaturas celestiales y terrenas. En lo público no daban los dos superiores ninguna demostración de conocer en el Señor más grandeza que ser un hijo muy obediente, y así le mandaban y él obedecía. En lo secreto tenía el cuidado de servir, sin ser mandado, por obediencia á la ley de Dios.

Y como el estado de la Señora y de San José era de oficiales, servía como hijo de oficial de capintero. Barrería la pobre casa, recogería las astillas, cuando en casa trabaja; guardaría y llevaría la herramienta, cuando fuese necesario, y ayudaba en todo á servir á San José. Sufríase allí todo esto y mucho más, porque sabían que Dios lo quería así; mas cuánto costaba á aquellas humildísimas almas el sufrirlo, Dios que era el obedecido lo sabe. Traían San José

y la Señora una perpetua admiración de la obediencia que en el Señor veían, sin que la familiaridad causase ninguna menor estimación de lo que creían, antes bien, andaban con pureza interior, reverencia y adoración delante de aquel á quien con temor de Dios mandaban. Es verdad que en su retiro, cuando estaban solos, oían de aquella divina boca doctrinas y secretos divinísimos; los que pienso que el Señor no hablaría sino cuando lo pidiesen, ó les conociese con voluntad de ello, por obedecer á sus voluntades. Y sin duda debemos creer que la mayor parte de aquel recogimiento la gastaban en oración. ¡Oh, qué oración sería! Los dos estarían orando y adorando al Hijo de la Virgen y de Dios presente, recibiendo de El lo que la lengua no puede expresar ni el corazón sentir. Los secretos y grandezas de estas obediencias y conversaciones no se pueden declarar, mas púedese alargar aquí con seguridad la imaginación á cuanto pudiere, porque todo será poco para lo que pasaba en realidad.

En esta tan voluntaria obediencia del Señor á su sacratísima Madre y San José, por tantos años, parece que impropriamente diremos haber tenido trabajo; porque si alguno hubo, parece que más era de la Señora en mandar, que del Señor en obedecer, y que le era suavísima la vida de la obediencia, aunque á veces se fatigase el cuerpo obedeciendo en ocasiones que ocurrían. Mas por lo mal que los hijos suelen sufrir tantos años la sujeción, casa y obediencia de sus padres, juzgaremos que no debemos menos al Señor por no haber tenido trabajo en esta obediencia, que por los trabajos que después pasó obedeciendo hasta su muerte en la cruz; porque el amor, que después le hizo padecer mucho, hacía no ser penoso al soberano superior (á quien es natural toda su superioridad) tener superiores en la tierra; obedecer Dios á una criatura; el Eterno Verbo á un carpintero, y la divina Majestad á servicios caseros de esclavo y de siervo, cosas verdaderamente penosas, y mucho más si duran mucho tiempo. Añadid á esto que los que sufren algo en este mundo, es con esperanza de que luego se acabe; porque el esclavo espera libertad; el siervo salario, y aprovecharse de su ganancia; el hijo espera ser heredero y señor de la casa; y ni aun con esto son constantes. Pero el Señor esperaba salir de aquella suave obediencia de la Señora y de San José, ejercitado para tres años de tan rigurosas y penosas obras de mayor obediencia al Padre Eterno, que le habían de costar la honra, el sudor, la sangre y la vida con muchas é incomparables tribulaciones y tormentos. Y todavía el rigor de lo que esperaba no aminoraba la suavidad con que tantos años obedecía, antes se andaba recreando en ella para pasar los tormentos que esperaba.

Pasados estos años de la obediencia de la Virgen, y entrado en las obras rigurosísimas de la obediencia de su Padre Eterno, aunque fué inmenso el trabajo, y cada vez crecía más hasta la muerte, no fué menor la voluntad, el fervor y la eficacia de obedecer. No creció en ella, porque era imperfección poder ser mayor en los

grados y quilates de la virtud: pero dió mayores y más eficaces demostraciones de la perfección que ya tenía. Y porque no se pueden aquí explicar todas las particularidades de la obediencia del Señor, y de lo mucho que le costó, y el trabajo con que la condujo hasta el fin (de lo cual trata toda esta obra), sólo dos cosas deben advertir por ahora los que desean imitar á este Señor: una, que mandando el Padre Eterno á su Unigénito Hijo, que en los tres años de su manifestación y doctrina usase de su divino poder, y haciéndolo El con tanta majestad de palabras y obras que se pasmaba el mundo, según dicen los Evangelistas (porque no hacía sus cosas como los Príncipes del siglo, sino con imperio, y mandando como quien tenía poder soberano sobre todo); de tal suerte apartaba de sí la honra de estas obras y palabras (siendo propias suyas), que nunca se halló en su boca sino que hacía obras y daba doctrinas de su Padre, como si fueran ajenas: porque quería dar ejemplo de que nunca el estado ni la alteza de la dignidad ú oficio, deben divertir al alma interiormente del cuidado de la sujeción y obediencia á Dios.

La otra cosa es, que llegado el tiempo de volver el Señor á encubrir el poder soberano para padecer, y á callar para que sus enemigos le atormentasen, le dió entonces su Padre Eterno por mayores á quienes obedeciese, no á la Virgen y San José, sino á jueces perversos y enemigos: á un rey tirano, nieto del que en su niñez le quiso matar: á un presidente gentil, Pilatos, que le mandase azotar y ajusticiar: á verdugos que le mandasen denudar, vestir, dar las manos, llegarse á los lugares de los tormentos, y á recibir las crueldades que en El querían ejecutar. Los mandatos, las voluntades y sentencias de todos estos, en cuanto tocaba á su pasión, las obedeció con tanta humildad, sujeción, y estaba delante de ellos con tanta modestia, silencio y respeto, como si fueran la persona de su Eterno Padre, y las palabras con que le mandaban fueran divinos oráculos y preceptos. De modo que para obedecer nunca hizo distinción de personas que le mandaban, ni de edad, ni de merecimientos, ni de obras, que por obediencia había de hacer el que nació, vivió y murió por obediencia.

Si entendiésemos bien lo que se ve en este admirable espejo de eternas verdades, conoceremos que como Dios resumió toda la observancia de su ley en el amor suyo y del prójimo, así puso toda la prueba del amor en la obediencia; y por esto dijo muchas veces: *El que me amare, guardará mis preceptos, y el que no me amare, no los guardará.* Y como ninguno puede juzgar que agrada á Dios, si no le ama; tampoco, si no le obedece, puede imaginar que le ama. Y del mismo modo que estas dos virtudes son entre sí comunicativas de sus obras, también lo son de los efectos que hacen en las almas de los premios con que son coronadas, en los daños que su falta acarrea, y en los remedios con que los daños se curan. Por amor crece la obediencia; y con la obediencia se perfecciona el amor. Por amor se santifican las almas, se unen á Dios, y reciben de El divinas mercedes, influencias y operaciones; y por obediencia

se aseguran en el alma. Por desobediencia se pierde el amor, y se merecen las pérdidas, y penas temporales y espirituales; por obediencia se reconcilia el amor perdido, y se remedian los males incurridos. De suerte que en la obediencia consiste toda la sabiduría cristiana.

Esto parece quiere decir la Divina Escritura en haber puesto Dios al árbol en que Adán pecó, el nombre de árbol de sabiduría. Porque no me parece que su fruto comido tendría virtud de abrir el sentido para conocer el bien ó el mal, como el demonio mañosamente propuso para engañar á Eva y hacerla desobediente; pues como Dios no quería tener en el Paraíso gente ignorante, no la prohibiera comer la fruta de aquel árbol, si comida hubieran de quedar más sabios. Fuera de que ya Adán conocía todo el bien necesario, y le habían de conocer todos sus descendientes, creciendo en él sin comer de la fruta; y el mal que comiéndola sabían, es defecto de sabiduría verdadera; porque saber pecar no es saber, sino ceguedad de la virtud, ó continuancia contra ella; y más perfectos sabios son los que sin experiencia del mal conocen el bien, que los que con experiencia de él arriesgan la sabiduría verdadera de los bienes y virtudes que Dios enseña; en cuya sabiduría se incluye sin daño el conocimiento del mal su contrario, para huir de él; y éste no faltaría en el Paraíso terrenal sin comer de la fruta prohibida. Por tanto, me parece (salvo mejor dictamen) que el llamarse el árbol de la obediencia árbol de sabiduría, no es otra cosa, sino que la clave de conservar la espiritual y santa sabiduría que Dios había comunicado á aquel estado feliz, no estribaba sino en obedecer; y porque la primera obediencia que Dios puso á Adán, fuera de la ley natural, fué que no comiese de aquel árbol; por eso allí donde comenzó la obediencia puso Dios el nombre y conservación de la sabiduría; porque la criatura no tiene más que saber, ni más alta prudencia que obedecer á su Criador; y todo lo que sabe, fuera de esto, es ignorancia, ceguedad y perdición.

Mucho parece que conviene con este sentido lo que dice nuestro Padre San Agustín, que en ninguna cosa puede mostrarse más la grandeza de esta virtud, que en mandar Dios por ella, ó prohibir cosa que de su género no es mala, y pudiera ser buena, si Dios no la prohibiera; porque en esto se muestra que la bondad de la obediencia no consiste en impedir males, sino en ejercitar bienes; ó por mejor decir, no es menos perfecta en los bienes que por obediencia deja de hacer, que en los que hace obedeciendo; porque por ninguna otra cosa vale mucho y es muy estimada, sino por sí; y por eso es verdad que todo el saber de un cristiano consiste en saber obedecer, y toda su perfección en llegarlo á ejercitar. Así David pedía á Dios que le enseñase su voluntad, sin otra razón más que, *porque sois mi Dios*; pues por serlo, me queda por principal obligación el saber cumplir la voluntad; y en otra parte dice que sólo pedía á Dios le tuviese siempre en su casa para saber su voluntad; porque la bondad del siervo se resume en conocer la voluntad del Señor.

riores. Otros que no tienen obligación de mandar ni ser sujetos, sino sólo la obligación común de la Ley de Dios. Otros, que fuera de esta general, cristiana y natural obligación, prometieron por voto el estado de obediencia y Religión. Los primeros viven en más peligro, pero con mucha materia de merecimiento; los segundos en santa libertad y seguro camino del cielo; los terceros en paraíso en la tierra, si gustan de lo que prometieron. Pero todos tienen por norte y guía seguir y cumplir en todo la voluntad de Dios en su doctrina y Ley. Los que han de ser obedecidos, tienen obligación de ser imitadores de Dios, á quien representan, en el modo de hacerse obedecer, que es haciéndose reconocer por superiores, más con fuerza de bondad y virtud que con rigor; porque no hay cosa que más aproveche, ó dañe, que el ejemplo de los mayores; y donde el rigor se roza todo en justicia y no en invenciones de hacer bien, hay mucha materia para que los súbditos desestimen las personas y la obediencia de los mayores. Además de la demostración de bondad y virtud exterior, tienen obligación de sujetar y referir todo lo que hacen á la obediencia de Dios, como ministros de su voluntad, y no como propietarios de sus superioridades; porque la cosa en que más pierden cuanto hacen los superiores, es en ejercitar los cargos como suyos, y no como obediencias de Dios. Por eso dice David á los superiores: *Entended reyes, y aprended los que juzgáis la tierra. Servid al Señor con temor y alegras con El temblando*: esto es, temblad siempre del estado superior en que os puso, y entended que no podéis alegraros delante de El, sino de que le servís con temor, y no de que mandáis á otros inferiores. Y declarándose más, dice: *Asios de la obediencia suya, no sea que se irrite el Señor y os eche del camino santo*. La letra hebrea lo dice aún más claramente; pues donde la nuestra pone, tomad la enseñanza, ó asios de la obediencia, dice aquélla: *Osculamini filium*, esto es, besad al Hijo; porque teniendo antes dicho, que Dios hizo á su Hijo Rey universal, aconseja David á los reyes y superiores que besen la mano á este Hijo de Dios como á su Rey, y reconozcan en todo su obediencia, si no quieren ser echados del camino y compañía de los Santos en el día del furor y de la ira de Dios. Según lo cual la obediencia es el móvil y acierto del mundo y la sabiduría del gobierno de los mayores.

Guárdense los superiores de un ordinario vicio en que caen, si se descuidan de la humildad, que por la mayor parte quieren se les aplauda lo que hacen, y que todo se les deba; y viven en una inquieta envidia de la honra ajena y unos celos desconfiados de la propia, con que juzgan que todo lo que no se hace por ellos, les roba el agua, el ser, el nombre, el crédito. Por tanto, no sufran se les aconseje imaginando que no llega otro á aconsejarlos, sino por echar de ver en ellos falta de entendimiento; y córrense de hacer las cosas por dictamen ajeno, pareciéndoles que esto es muestra de no acertar por el suyo; y á este modo ocurren otros desórdenes que conviene mortifique el que del cargo superior no quiere caer en

desgracia de Dios y en pérdida de su alma. Estos peligros y males se curan con pretender solamente en los cargos la honra y gloria de Dios, y que El sea perfectamente servido y obedecido en todo; y cuando reina esta pura intención en el alma del superior, todas las cosas buenas y todos los buenos consejos hallan lugar en El, de cualquiera parte donde vengan; y desea más ser ayudado de todos para acertar en el servicio de Dios, que ser honrado en la opinión de los hombres.

Los que no tienen súbditos, ni obligación de ser obedecidos, viven libres de estos peligros. Mas en una cosa solamente consiste su bien espiritual; en tener por principal intención de la vida gobernarse por la ley de Dios. Escribiendo esto, casi no quisiera detenerme en cosa tan sabida; pero me corro de que sea necesario decirlo por nueva, como si ninguno la supiera: porque por nuestros pecados todo lo que no es ley de Dios, y lo que destruye las almas, tiene mucho lugar en el mundo; y la ley de Dios es cosa á que no sólo no se atiende, sino que el que por ella sola aconseja, es tenido por pesado, riguroso y extremado. No sé si puede haber cosa más vergonzosa en la vida, que el lenguaje practicado entre los cristianos más avisados del mundo en los casos que acontecen. Dejémonos, dicen, ahora de la ley de Dios; porque en las obligaciones de honor, entre gente cortesana, y en lo que el mundo practica, es obligación satisfacer el hombre así ó así; correr con el Rey y con los de la tierra así ó así. Y este así ó así, es sin sí, sin ser y sin seso, en que no se funda ningún bien verdadero. Quisiera preguntar á los entendimientos de estos sesudos, que dejan de tratar sus cosas por la ley de Dios, y según lo que Dios manda, ¿por qué lenguaje hablan, por qué juicio, por qué ley? Si es por la de la carne, de esa dice San Pablo, que su sabiduría es muerte. Si por la del mundo, de esa dice el mismo, que su ciencia es novedad delante de Dios. Si por la del demonio, ellos mismos que hablan por su boca digan quién es. La carne mata, porque por ella muere en nosotros la gracia y vida eterna. El mundo es necio, porque todos sus dictámenes son humo, mentira, engaño y tribulación para el día de la cuenta. El demonio es enemigo, que todo cuanto quiero de nosotros es inducirnos al mal. ¿Pues qué ciencia es hablar sin Dios y sin ley? El juicio y la prudencia es vivir por la ley de Dios y someterse á su voluntad, teniendo en todo por delante aquella divina regla de que le es más acepta la obediencia que el sacrificio, pues en aquélla se sacrifica á Dios el hombre todo. Y como tenemos leyes de Dios para los sentidos, potencias del alma y para todos los sucesos de la vida, el que se resuelve á obedecer, hace de sí un perpetuo sacrificio á Dios, y de Dios recibe el hacer en todo su voluntad; porque como van conformes, se esmera Dios tanto en cumplirle sus deseos, cuanto él más pone todos los sayos en hacer su voluntad.

Los que tienen voto de obediencia y religión, bien saben que la obediencia de obra es la más baja; la de voluntad y obra, más santa; la de voluntad, obra y entendimiento, la más perfecta; y á ésta

pocos llegan; porque como los prelados no son divinos y tienen tachas de humanos, raramente llegan los obedientes á una tan santa simplicidad y pureza, que los pareceres de los prelados les parezcan divinos consejos en sus obediencias; pero el que llega aquí vive en una paz perpetua. Saben éstos que no es verdadero obediente el que desea y procura que le manden lo que es de su gusto. Saben que no puede ser perfecto obediente el que hace juicio de los defectos de sus prelados y miran mucho á ellos, y mucho menos, el que obedeciendo pretende granjear más voluntad que la de Dios. Saben otras muchas cosas, que se aprenden en los Monasterios, escuelas de esta virtud, las que no es necesario mencionar. Un consejo daré á los que comienzan en las Religiones, para que eviten muchas inquietudes, y es que no pongan su atención y consuelo en ser amigos de los prelados; porque fuera de permitir Dios las más de las veces, que de los mismos donde pusieron su gusto les proveyan pesares, no es santa obediencia obedecer sólo al amigo de quien gusto, y es materia de mucha inquietud en los Monasterios; porque las culpas de los mayores cargan sobre sus amigos. Si se rigen por ellos, los hacen malquistos, y si no hacen de ellos el caso que esperaban se vuelven enemigos; y como todo este modo de falsa fingida obediencia se funda en amor propio, y no en el de Dios, queda siendo en los Monasterios fuente de murmuraciones, bandera de bandos, sumidero de toda paz y virtud y entrada de las perturbaciones del mundo en la casa de Dios.

Tengo por muy acepto á su Majestad trabajar, por estar sujeto indiferentemente á todo género de prelado, malo ó bueno, y no reusar el yugo del mayor, con quien menos confronto, y mucho más aunque pareciera enemigo, porque la obediencia será más desinteresada; pues la que se hace á los prelados malos ó enemigos, cuanto menos es entendida de ellos, menos esperaca y tenida por menos verdadera, tanto más agradable es á los ojos de Dios. Gran corona merece ante el Señor tener con puro corazón al mal prelado (en lo que no es contra la ley divina) por mi Dios, y como á tal obedecerle y reverenciarle; y el buscar siempre razones para defender la parte del que me es contrario en las cosas que tocan á su cargo (que no se opongan á la ley de Dios), es una porción de conciencias limpias á quienes la divina gracia gobierna por sí misma y llena de espirituales consolaciones. Si no me engaño, más quisiera ver los Monasterios llenos de estos obedientes con malos prelados, que de prelados santos con malos obedientes. Esta obediencia es la que enseñó Cristo nuestro Bien, cuando dijo que obedeciesen á lo que mandaban los príncipes y letrados; pero que no imitasen sus obras; y de ningún modo mandó que por ser malos faltasen á la obediencia. Lo mismo enseñó San Pedro: *Obedeced á toda humana criatura que tiene cargo, no sólo á los buenos, sino á los distraídos y malos.* Y aunque es obligación quitar de la prelación, ó no admitir á ella al malo, con celo santo y sólo por la honra de Dios sin mezcla de propia ambición, y á fin de que no pervierta á

otros con su mal ejemplo; todavía cuando Dios permite por sus secretos juicios que ejerza la prelación, quiere que por entonces sea enteramente obedecido en lo que no contradiga á su divina ley. Y el ejercitar en el malo y enemigo prelado la pureza y perfección de la obediencia, sufrir con silencio sus desvarios y estar en paz, obedeciendo á quien no la tiene conmigo, tesoro es de unas gracias riquísimas.

Por no alargarme tanto, pondré dos reglas generalísimas en esta materia de la obediencia de los religiosos. La primera, que todo el que quiere que se haga todo por su parecer, ó da traza á las cosas de la Orden, sin tenerla él en sí, es desobediente y vive descontento en la religión. Por eso no es acompañado de prudencia santa el celo de la religión, sino cuando va fundado en perfecta obediencia de la regla y de los prelados, aunque sean malos y distraídos, en lo que no mandan contra la regla y contra la ley de Dios. La segunda, que quien quisiere vivir en religión de perpetua paz espiritual, haga profesión y dé perfecta obediencia al amor divino, que si él tuviere el timón serán todos sus caminos bien dirigidos.

EXERCICIO DE LA OBEEDIENCIA DEL SEÑOR

Divina, eterna y soberana Majestad, todopoderoso Dios, Señor y Criador mío, ¿qué comercio es este que queréis tener con esta vuestra vilísima criatura, que no sufris tenga yo otro orden, otra regla, ni otro régimen más que vuestra divina voluntad? ¿Qué soy yo puesto á la par de Vos, ni cómo puedo levantar los ojos para atreverme á querer saber vuestros soberanos consejos y voluntad para gobernarme por ellos? Bastante es para mí que me mandéis acompañar por los gusanos de la tierra, y aprender de la hormiga el cuidado de mi bien; del más vil gusanillo, la humildad; del jumento apaleado, la paciencia; de una bestia cargada y enfiada, la obediencia, y de las demás criaturas, el no atreverme á levantar los ojos para miraros. Para mi vileza, estos son los propios maestros, y si con ellos me juntare para imitarlos, no lograré poco para contentaros, y que Vos os deis por servido. ¿Para qué queréis, Señor, que levante los ojos á esa Majestad? De ahí cayó Adán, y perdió el estado de la inocencia; de ahí cayeron los ángeles, porque quisieron igualarse con Vos; de ahí se perdió Judas, porque no se contentó con vuestra compañía. ¡Oh mi Dios, la tierra me es propia; el lodo es mi madre; de barro me formaron vuestras manos; esa es mi cuna y mi propia morada! ¡Oh sabiduría mía, verdadera é infinita, que no me hicisteis para el barro de que me formasteis, sino para Vos; de la tierra me criasteis, mas no para ella, sino para morar Vos en esta alma, que encarcelasteis en esta miserable tierra! Por eso queréis ser Vos mi sabiduría, queréis ser mi luz, queréis descubrirme el tesoro de vuestra bondad y enseñarme vuestras voluntades, para que siendo imitador de lo que en Vos veo, no sea en mí todo tierra. Queréis morar en mí como en cosa vuestra y como quien sois; por eso no queréis que haya en mí sino lo que es

vuestro y lo que os contenta. Adóroos mi divino Maestro; enseñadme lo que queréis que sepa, y no me dejéis saber otra cosa. Gobiérneme por Vos mis sentidos, mis miembros, las potencias de mi alma, mis afectos, mis deseos y todo mi entendimiento. Hágase en mí, Dios mío, vuestra voluntad, como se hace en el cielo. Hicisteis, Señor, mi cuerpo terreno y mi alma celestial; pues ordenad, Señor, en mí esta tierra y este cielo, para que tanto os obedezca uno como otro. No os están menos sujetos los ángeles que los gusanos, ni los terrenos y bajos elementos que los cuerpos celestiales. Haya, Señor, en mí este mismo orden; alégrese en Vos mi carne y mi espíritu; todo esté á vuestros pies sujeto, y ya que de mí queréis perfecta obediencia á lo que me enseñáis, no permitáis que esta tierra sea contraria á lo que de esta alma queréis.

Este es, Dios mío, vuestro deseo, y en este perfecto orden criasteis nuestra naturaleza. Pero á Vos, Salvador y Médico único de mis llagas, diré mis quejas y mostraré mis dolencias. Vive en mí la ley del pecado, contraria á toda vuestra voluntad, y aunque con la fe creo lo que me enseñáis, soy tan desventurado, que me rinde la contradicción de este cuerpo. Bríndame el mundo con lo que me muestra, que es todo engaño, y sigole; brindame la vanidad con la mentira, y créola; brindame la carne con el apetito, y ciégome; brindame la mala inclinación de la tierra con cosas opuestas á vuestra ley, y arrástrame; brindáisme Vos con puras y eternas verdades y doctrinas, y os tengo miedo, huyo de Vos y me aparto de vuestra obediencia; llamáisme y no acudo, aunque os oigo; inspiráisme y no me determino; animáisme y no me resuelvo; aseguráisme y no pierdo el miedo; traéisme á Vos y no me desprendo; veo donde estoy postrado y no me levanto; véome en peligro y no huyo. ¡Oh triste miseria mía! De Vos y de mí tengo miedo; mi mala costumbre y vuestra ley me cansa; lo que de mí queréis y lo que hasta aquí quise me estimula; pero ni me dejo, ni me busco. ¡Oh pacificador poderoso de las batallas, libradme de estas angustias! Desatad, Señor, estas cadenas, y os sacrificaré esta naturaleza toda junta, para que os sirva y obedezca. Mientras me dáis el conocimiento de este trabajo y peligro, alumbradme, asistíde y estorzáde, no llegue á perder esta luz, y caer en el mortal sueño y ceguedad en que duerma descansado en mis vicios, donde ni os oiga, ni me vea y guste de la ponzoña de la muerte y de estar de Vos apartado. Cuando alguna vez así estuve, ¡qué desventurado fui! Vivía, Señor, no de Vos, vida verdadera, ni de vuestra obediencia, sino de codicias terrenas, de profanos deseos, de bajos y perversos apetitos y de abominaciones que vuestra misericordia veía y me sufría. ¡Oh mi salud verdadera, no os alejéis de mí! Carásteisme en el bautismo, disteisme ley; apartad, pues, Señor, mis ojos, para que no vean otra cosa; corran mis pies á vuestro servicio; trabajen mis manos en vuestros obsequios; vean mis ojos vuestras verdades; oigan mis oídos vuestra voluntad, y abraze mi corazón todo lo que me enseñáis. ¿Cuándo, Señor y Maestro mío verdadero; cuándo, reparador sapientísimo de mis per-

didias; cuándo, reformador perfectísimo de mis yerros, limpiaréis mi memoria de toda distracción de pensamientos, mi entendimiento de toda imagen y figura terrena, y mi voluntad de toda bajeza y afección de la tierra? ¿Cuándo me llevaréis tras el olor de vuestros ungüentos, preso de vuestra hermosura, alumbrado de vuestra doctrina y cautivo de vuestra voluntad? ¿Cuándo pacificaréis la lucha de esta carne contra el espíritu? Bienaventurado (dijo vuestro obediente David) aquel á quien Vos enseñáreis vuestra Ley, y en quien apuicigáreis los días de las batallas, mientras no llega la hora de ir este miserable cuerpo á su sepulcro. ¡Oh mi bienaventuranza! Sepultad ya mis apetitos terrenos, y reinad en esta alma. ¡Ah Señor, que no sé hablar! Mas todo yo suspiro á Vos: mi cuerpo en sus llagas, mi espíritu en sus prisiones y pérdidas, todo clama á Vos misericordia; tomadme por la mano y guíadme para que no viva en mí sino vuestra obediencia, sin ninguna contradicción, porque quiero ser vuestro y gobernarme por vuestra dirección. Vos que me dáis la voluntad, dadme el cumplimiento.

Señor mío Jesucristo, espejo de eternas verdades; alumbrad esta alma miserable, para que en Vos vea y aprenda la reformación de todos mis yerros y pecados. Os doy infinitas gracias porque me mostráis lo que debo seguir, para que no alegue ignorancia ni excusa. Vos sois mi verdadero Dios; propia os es la divina Alteza y Majestad; todo por naturaleza y justicia está debajo de vuestros soberanos pies, y con todo eso, por hacer fuerza á mi soberbia, dureza y atrevimiento, que como malo y traidor á vuestro servicio en mí visteis, encubris vuestra Majestad, venís á sujetaros á vuestras criaturas, á obedecer á las obras de vuestras manos y gobernarnos por la voluntad y obediencia de aquellos á quien Vos dirigís y sustentáis. ¿Por ventura ser la Virgen sacratísima vuestra Madre, os quitó el que seáis su Dios? ¿Que os engendrase y pariese, os quitó que seáis su Criador? Cuanta parte tuvo en Vos, es obra y mereced vuestra. ¿Había en Ella cosa que, comparada con vuestra divina grandeza, tuviese alguna entidad ó valor? ¿Acaso la razón de ser Madre os quitó la superioridad de su eterno Señor? ¿Pues cómo la obligáis á que os mande, y os sujetáis por treinta años á su gobierno y obediencia, como si fuérais menor? ¿O, qué necesidad tenáis Vos de ser gobernado y obedecer, si sois la verdadera luz y sabiduría, por la cual aciertan los que manjan y obedecen, y ni la Señora podía acertar á mandaros si no la enseñárais Vos interiormente? ¡Oh purísimo espejo de soberanas virtudes y de mis tristes yerros! Andad siempre delante de los ojos de mi alma para que en Vos aprenda á conocerme, aborrecerme, imitaros y curar con vuestra imitación mis desórdenes. ¿Por qué no obedeceré yo á toda criatura? ¿Y cómo no me someto á toda ajena voluntad y parecer cuando esto veo? ¿Qué mal me puede venir si anduviera por vuestro amor debajo de los pies de todos? En lo bajo os hallaré; ahí me pareceré á Vos, pues tanto os abatisteis; y si me levanto os pierdo; porqué aborrecéis la soberbia; ó me pierdo, porque me aparto de Vos.

Quebrantad, Señor, en mí esta soberbia, pues porque presumo de mí y me tengo en mucho, porque me fio de mis pareceres, porque sigo mi voluntad y no me sujeto á lo que Vos mandáis y á lo que Vos queréis, por eso vivo siempre inquieto y lleno de muchas ceguedades. Mi propio parecer se ciega de muchos modos: ya con la alición, ya con el sentimiento, ya con la indignación, ya con la vanidad, ya con la envidia, ya con el interés, ya con otras mil inclinaciones que nacen de este hombre terreno y miserable; y cuando pienso que os sirvo con lo que entiendo, ya no os agrado, porque me pago de ello, sin sujetarme al parecer ajeno. De aquí nace que son mis caídas sin disculpa, mis ceguedades más cerradas, mis llagas más incurables, porque cuando más fio en mí, menos me conozco y más me condeno. Vos queréis que yo viva en paz obedeciendo, y yo tomo sobre mí la guerra, queriendo gobernarme por mí. Vos queréis ser mi protector si me sujeto; y yo, desobedeciendo, quedo descubierto á los tiros del enemigo. Vos queréis tomar á vuestra cuenta mis cosas, si me dejare gobernar por otro; y yo no quiero sino obligarme á daros cuenta de ellas y ponerme con Vos en juicio. ¡Oh mi Dios! ¿Si yo entrare en juicio con Vos, qué será de mí, hombrecillo terreno, lleno de males y de pecados, que en todo lo que de mí juzgo me engaño, y no puedo engañar vuestros purísimos ojos? Convertidme, Señor, y quebrantad en mí esta soberbia antes que llegue el día de la cuenta.

Vos, por el mucho daño que nos hace gobernarnos por nuestro parecer, quisisteis que ningún hijo de Adán dejase de caer en muchos yerros, si se fia de su entendimiento; y ninguno sujeto y obediente, que no fie de sí, dejó de ser por Vos alumbrado y ayudado, porque resistís á los soberbios y os ponéis de parte de los humildes. Cuando por vuestro amor me sujeto, sé que os contento; cuando por imitarlos niego mi parecer por tomar otro, aunque menos entienda y menos sepa, sé que no me dejáis errar. Cuando me corro de sujetarme á otro y quiero llevar adelante lo que me parece, ¿quién me dice, obediente y humilde Jesús, que os contentáis de mí? Cuando estimo mi parecer, escandalizo y no conozco el mal; desprecio al prójimo, y quedo ufano; presumo de avisado, y no me sé entender; figurásemme que acierto, y no veo mis yerros; quedo solo conmigo sin Vos y sin vuestra luz, y téngome por seguro, y sin aprender de Vos, creo que lo sé todo. ¡Oh mi Dios, que quisisteis tener por bien ser mi Salvador y mi salud! Vos sabéis que las malas raíces más dificultosas de arrancar en mí, son la presunción propia, y la estimación de mí, el propio parecer y voluntad, y veis que éstas son las ponzoñosas semillas de todo mi mal. Enseñadme á clamar siempre á Vos por remedio de estos males, con vivo deseo de mi salud. Y pues sólo vuestra mano poderosa puede sanar estas llagas, no los dejéis corromper y cancerar.

Enseñadme, Maestro divino, la perfección de esta virtud tan amiga vuestra y compañera perpetua, que por ella no sólo obedecisteis humildísimamente á vuestra sacratísima Madre y á San José,

sino también os sujetasteis, sin contradicción ni resistencia, á los malos jueces, que injustamente os condenaron, y á los crueles ministros que os prencieron, azotaron y crucificaron. Si os pedían las manos para atarlas, se las dábais; si os mandaban desnudar y vestir, lo hacíais; si mandaban que os sentáseis para burlarse de Vos, os sentábais; si os mandaban tomar la cruz á cuestras, la tomábais; si os mandaban beber hiel y vinagre, la bebíais; si os mandaban tender sobre la cruz para clavaros en ella, obedecíais con puntualidad. Ninguna cosa hacíais sin que os lo mandasen, y esperábais cada mandamiento de estos para cumplirlo, como si vuestro Eterno Padre por su misma boca os lo mandara.

Alámente, Señor de mi corazón, el cielo y la tierra; alámente vuestras virtudes; adórente los coros de los ángeles y santos, y todas mis fuerzas se empleen en vuestra alabanza. ¿Cómo, Dios mío, no arde todo mi interior en vuestro amor por tan clara luz de puras verdades, que en esto me comunicáis? Vos aborrecéis al pecador en cuanto malo, y queréis que yo le obedezca; reprobáis su malicia, y queréis que á él me sujete. Bien claro es lo que queréis de mí, que en el malo y en el bueno no reconozca otro superior sino á Vos, ni otra voluntad sino la vuestra. ¡Oh mi Dios, que no acierto á ser libre, porque amo el cautiverio de mi errada y ciega voluntad; si me mandareis cosas penosas, tristes y mortales, siendo Vos el que las mandáis, ningún mal me puede venir, y se me figura que si yo os viese con mis ojos y supiese que sois Vos el que mandáis, todo lo haría con puntualidad. Pues, gobernador y amigo fidelísimo mío, si Vos sois el que todo lo ordena en el cielo y en la tierra, ¿qué más monta que me mandéis por medio de un malo que por un bueno, por un demonio que por un ángel?

Oh Señor, Vos que veis la realidad de este errado corazón, conocéis que cuando hago diferencia de los superiores, por eso me inquieto y desobedezco. Si os tratare y reconociere sólo por mi verdadero gobernador, si me arrojaré en vuestros brazos y providencia, Vos mismo cuando me entregéis cautivo en poder de vuestros enemigos, moveréis su corazón y boca para lo que más me conviene: cuando me diereis prelado malo y mi contrario, todas sus malicias me las convertiréis en bien; y donde él por mí se perdiera con dañada intención, me ganó yo con Vos en sencilla obediencia. Aquí me arrojo, Dios y Señor mío á vuestros pies: gobernadme por quien quisieréis; sujetadme á quien fuereis servido; Vos sois en todo y en todos mi superior; Vos mi suave gobernador; Vos mi sapientísimo maestro; Vos el que me conocéis y amáis, y por estas dos leyes me dirigís. Mándeme toda la tierra: concededme que conozca muy de veras que no merezco yo ser mandado ni aun de las más viles criaturas; y que no hay ninguno tan malo á quien no pueda justamente rendirme. Pero concededme, Señor, que yo en todos os obedezca á solo Vos, ni reconozca otra voluntad sino la vuestra, que todo lo veis y todo lo ordenáis como Padre de misericordia.

¡Oh Dios de amor y amigo fidelísimo de mi alma! Oídme, Señor,

en esta hora, y aceptad los ruegos con que humildemente os suplico. Lo que más queréis de mí para hacerme las mercedes que deseáis, es que os obedezca; la primera cosa que me mandáis es que os ame. Acébase ya, Dios de mi vida y vida mía verdadera, esta pesada contradicción de mi desobediencia. Aceptad, Señor, la oferta que de mí os quiero hacer en esta hora; y confirmad con vuestra gracia, la profesión que este miserable os hace en su interior: Yo, miserable pecador, por cuyo amor todo os disteis, hago general profesión y doy perpetua obediencia á ese vuestro amor. Aceptad, esperanza mía y todo mi bien, estas manos y pies, esta lengua y ojos, todos estos sentidos y cuerpo, esta voluntad, memoria y entendimiento, los deseos, los suspiros y las intenciones de esta alma. Aceptad, Señor, todas las horas y momentos de la vida, todos los sucesos de ella, todo este hombre interior y exterior; Vos que digistéis que ninguna cosa podemos hacer ni dar buen fruto sin estar en Vos, y en Vos no podemos estar sino por unión de amor; sea ese vuestro amor el prelado y superior de esta vuestra criatura. El mueva mis sentidos, mis potencias, mis obras. El me haga obrar y estar quieto, andar y parar por dónde y cuando Vos queréis. El arda en mi corazón y reine en mí. El me consuele y me alijia. El me humille y me levante. El consuma en sí mis imperfecciones y cautive todo el interior de esta alma; alargue consigo la estrechez de mi miseria, levante á él el espíritu abatido; llene consigo toda la capacidad de esta criatura. ¡Oh amor divino!, poseedme todo; y poseído, arrojadme por donde quisierais; ahogadme en cuantos mares quisierais; despedazadme con cuantos tormentos os agrade, porque en Vos y con Vos no podré ser perdido. Oídme, amor divino: y pues estáis más hambriento de mí que lo que yo puedo desear, comedme, digeridme, mudadme todo en Vos, de suerte que yo mismo me desconozca y no me halle sino en Vos, ni vea en mí ni en toda criatura otra cosa que á Vos.

¡Oh Madre de Dios purísima, obedientísima mandadora y humilísima superiora de vuestro único Hijo, que lo es también de Dios; compadecedos de las caídas de mi desobediencia y soberbial Alcanzadme de este Señor, que siempre cumpla sus preceptos y que rinda á su voluntad toda esta miserable criatura. ¡Oh corte celestial, que por orden y obediencia perfectísima reináis, desatad el cautiverio de esta alma por la libertad en que vivís, y alcanzadme remedio para salir de mí, y vivir en plena sujeción á la voluntad de este Señor, á quien veis y adoráis para siempre! Amén.

TRABAJO XI

Pobreza.

Lo que Cristo nuestro Señor pasó hasta la edad de treinta años (que San Lucas resumió en sola la obediencia á la Virgen, como se ha dicho), aunque todos los Evangelistas lo callaron, no deja de dar mucha materia de consideración para sus siervos.

Pero antes de las obras de heroicas virtudes, que escribieron de El en los tres últimos años en que predicó al mundo, podemos colegir la perfección y ocupación de toda la vida, que quiso pasar encubierto en silencio, y de que no quiso se escribiese nada; pues San Lucas, en los *Actos de los Apóstoles* dice, que *Comenzó el Señor á hacer, y después á enseñar*; prueba clara de que de lo enseñado por palabra en tres años, había dado muchas pruebas en sí con larguísima experiencia de obras en los treinta antecedentes; enseñando en esto de cuán poca substancia son palabras y doctrinas bien dichas, si falta el uso de las buenas obras, las cuales, aunque desplegadas como bandera de vanidad al viento, hagan muestra de haber debajo de ellas alguna cosa de substancia, todavía queda y es la interior casa de lodo y todo vez para caer, si falta el firme cimiento y edificio de las santas obras. Ni fuera aún esto tan gran mal, si dicha la santa doctrina sin buena vida, pasase en olvido como el eco de las palabras; pero las palabras buenas (que parece pasaron como el viento) quedan en el divino juicio reservadas, y muy presentes para condenar á los que sin buenas obras las enseñaron.

En esta obligación y peligro viven no sólo los predicadores y confesores, sino todos los que aconsejan, dirigen ó gobiernan vidas ajenas. Por eso decía Santiago: No queráis ser maestros, porque cargáis sobre vosotros más riguroso juicio. Y quien enseña y vive sin esta ponderación, ponga los ojos en el juez y Señor que le ha de juzgar, que siendo el único que por propia autoridad debe ser creído en sus palabras (privilegio no concedido á ninguna criatura), con todo eso, de treinta años que tomó para probar con obras lo que había de enseñar, escogió sólo el diezmo, que eran tres, para enseñar lo que había practicado. Por esto se conoce en cuán baja reputación merece ser tenido el que pretende crédito y estimación por autoridad de la persona, y no por ejemplo de la vida; pues éstos, como hurtan á Dios lo que es suyo y de que El no quiso valerse siendo Dios, no sólo serán de El reprobados por la vida, sino que por ella permitirá justamente que sean sus personas abatidas y despreciadas de los hombres, y cuando de público no lo fueren, es muy flaco consuelo el de la falsa reputación con reprehensión de la propia conciencia.

Considerando después las obras que hizo y la doctrina que enseñó en los tres últimos años de su vida, entenderemos algo de lo que haría y de los trabajos que pasaría en los treinta, por las virtudes que ejerció, por la honra de su Padre que celó, y por la salvación de los hombres que tan ardentemente deseó. En el sermón del monte, donde el Señor trató de la perfecta vida evangélica y del perfecto modo de entender y guardar la ley de Dios, donde está resumida toda su doctrina, la primera cosa que enseñó fué la pobreza de espíritu; y como el Señor predicaba el Reino de los cielos, y no hablaba sino por peso y medida, no se debe creer que en la dilatada doctrina de aquel grande y alto sermón (que San Mateo

refiere con las particulares expresiones de que levantó sus ojos y abrió su boca), comenzase luego á llamar bienaventurados á los pobres de espíritu, dándoles el primer lugar en la perfección evangélica y en la gloria del reino del cielo que les ofreció; sino porque esta virtud de la pobreza era su amada compañera, en que nació, en que vivió y en que había de morir, sin desdenarse para conservarla de ninguno de los trabajos que ella trae consigo. Bien merece en la estimación y agradecimiento muy principal lugar la merced que nos hizo en querer vivir pobre por nosotros, y el mucho trabajo con que ejerció la santa pobreza de que se preci6 tanto, que para nacer escogió lugar pobrísimo, no propio, sino común; Madre pobre para que le engendrase; carpintero pobre que le criase; pastores pobres que le adorasen los primeros, y oferta de pobres para que le presentasen en el templo.

En los tres años últimos de su vida nunca tuvo casa ni lugar propio para descansar, como El dijo á uno que le quería seguir: *Sej más pobre que las raposas y que las aves: porque aquéllas tienen cuevas: éstas nidos; y yo no tengo nio donde recostar la cabeza.* Vivía de limosnas, aceptaba los agasajos ajenos como pobre, y cuando le faltaban, no se quejaba; la tierra común á todos era su casa, el cielo su tejado. Pasaba á veces tanta necesidad con sus discípulos, que los llevaba por los sembrados para coger espigas y satisfacer su necesidad, desgranándolas entre las manos. Cuando quiso dar de comer á cinco mil hombres, sólo se halló en la despensa que tenía para sus discípulos (que era una pobre espuerta) dos peces y cinco panes de cebada. Caminaba sin bordón ni alforja, tomando sólo lo que de limosna le daban para proveer sus estrechas necesidades, sin guardar nada para mañana. En su compañía recibía á quien dejase ó vendiese cuanto tenía y lo diese á los pobres. Escogió por sus discípulos á los más pobres del mundo. Vestía una túnica blanca de lana tejida de aguja, y encima otra morada de lana grosera (de la que yo vi una parte), y ésta, dicen que nunca la mudó y que siempre creció con El. Créese que anduvo descalzo, pues San Marcos dice de sus Apóstoles, que calzaban sandalias. Finalmente, con la santa pobreza en sus brazos, murió desnudo, crucificado, sin vestido, que ya habían jugado y repartido entre sí los ministros; sin un vaso de agua para la sed que padeció; sin tener donde reclinar la cabeza; descansan sus miembros para morir y sin un nicho para sepultura; de suerte, que hasta la mortaja y sepulcro que tuvo después de muerto, fué de limosna.

Por tales principios y tales fines de la vida pobre y trabajosa de este Señor, podemos juzgar que los casi treinta años que vivió en casa de la Virgen, fué la pobreza su amiga é inseparable compañera. Con cuánto trabajo se ejercita esta virtud en la vida, lo saben muy bien los que la pasan, no sólo con desprendimiento interior de las cosas temporales, sino con exterior necesidad y falta de ellas: porque las necesidades de nuestros cuerpos son muchas y continuas, y el sufrimiento de la falta de lo que se necesita para ellas,

aunque sea voluntario, no deja de ser muy penoso y trabajoso para la flaqueza de la carne. Manteníanse en aquella pobre casita de Nazaret la Señora y José con el Hijo de Dios, por el trabajo de la carpintería y por la aguja de la sacratísima Virgen; y como en aquella santa compañía se trataba más del espíritu que del cuerpo, el menos tiempo de la vida era el que se gastaba en adquirir la comida, por gastar la mayor parte en ejercicios de oración y espíritu, que es la fuerza y verdadero sustento de la perfecta pobreza. Faltaba muchas veces la comida; muchas era poco sazonada y apetitosa; siempre muy pobre y escasa. El ajuar de que más prevenida estaba aquella casa, era la falta de todas las cosas temporales que en ella había. A esta vida y á los trabajos de ella (de que más largamente trataremos más adelante) se ofreció y se aplicó la divina riqueza, el mismo tesoro de todos los bienes soberanos y el Señor universal de cielo y tierra, por espacio de treinta y tres años que vivió en carne mortal en este destierro, sin tener por propia ni aun la vida y carne que consigo llevó al cielo, pues toda la repartió en nuestro provecho, y hasta hoy la quiere dar cada día en mantenimiento, para mostrar que aún la tiene por más propia del que la recibe que de sí mismo, si así se puede decir, por encarecimiento.

No se empeñara tanto Cristo nuestro Bien en despendirse de todo y dar tantos ejemplos de la virtud de la pobreza, si no fuera importantísima para la perfección cristiana; porque el principal intento de su doctrina es encender en los corazones de los hombres el amor puro de las cosas divinas para que fueron criados, porque en esto consiste la reformatión de todos nuestros males, que se resumen en olvido de las cosas eternas y afición á las temporales; y pegado el corazón humano á esta afición, ni sigue las cosas de la fe, ni emplea las esperanzas en cosas altas y divinas, ni emplea el amor en aquel á quien sólo se debe, que es Dios. De aquí nace que, distraída el alma en estos bienes soberanos, por cuya medida la dió Dios la capacidad que tiene, son todas las demás cosas en que se emplea tan pequeñas, que por no ser ninguna (ni todas juntas) bastante para llenar el buque criado para las cosas divinas, cuanto más tropel de aficiones terrenas recibe tanto más crece en ella el hambre de los males por donde se pierde, y queda más enajenada del aprecio y amor de los bienes que la pueden satisfacer. Así, entrando unos males, llaman á otros, porque en esta gran casa todos tienen lugar; y repartido el amor del alma en tantas partes, no queda capaz para amar á aquel único bien, quien sólo puede saciarla plenamente; y juntándose todo el amor á esta sola cosa, se curan todos los males que el esparcimiento causó, se reforman todas las pérdidas interiores y el espíritu se purifica para la participación de los dones soberanos y divinos á que fué criado, y que no puede gozar sin compañía de todas las virtudes. Siendo, pues, el amor del alma (esparcido ó unido) su perdición ó su ganancia, la virtud de la pobreza de espíritu tiene por oficio limpiar el alma de toda afición terrena y disponerla para recibir las riquezas del amor

divino. Por eso Cristo nuestro Señor, que no vino á la tierra (como El dijo) sino para encender el fuego de su amor en las almas, dió el primer lugar á la santa pobreza, como propia ministra y ejecutoria de estos sus divinos designios, y trabajó para acreditarla y darle entrada en nuestros corazones, no sólo por ejemplos perfectísimos, sino por muchas doctrinas.

A esto miran aquellas sus divinas palabras con que dilata nuestros corazones y los levanta á cosas sobrenaturales, y nos asegura que nada nos faltará: *Buscad—dice—primero el reino de los cielos, y tendréis todo lo demás. No cuidéis del día de mañana, ni sedáis solícitos de vuestras necesidades temporales, porque vuestro Padre celestial sabe muy bien lo que necesitáis:* y otras muchas cosas á este modo, con que se obliga á tomar sobre sí el cuidado de lo que necesitamos, para que nosotros pongamos todo el nuestro en El.

Esta es la verdadera pobreza del espíritu, la cual dice nuestro Padre San Agustín, que es la humildad, porque arranca la raíz de la soberbia, que es la estimación y confianza de las cosas bajas, como si fueran divinas, en lo que está el principio de todo pecado. A ésta dice que le corresponde el primer don del Espíritu Santo, que es el temor filial de Dios, el cual, como conoce que la humana criatura sin Dios vive falta de todo, no se atreve á desprenderse de aquel que la enriquece, ni amar cosa que le descontente, y por eso limpia el corazón de las aficiones terrenas. En ésta se fundaron todas las Religiones: y aunque algunas son diferentes en el modo, todas convienen en el fin de desprender por el voto de la pobreza el corazón del amor de las cosas terrenas, que pueñan ocupar el lugar del amor divino. Y la Santa Iglesia aprueba como más estrechas á las Religiones que distan más por su profesión del uso de las cosas temporales, porque á éstas las juzga más ricas de la perfección del amor de Dios, y más aparejadas para El. Así el espejo de eternas verdades, que en sí tiene los tesoros de todos los bienes divinos de que son capaces nuestras almas y deseos; viniendo á la tierra á darse á conocer, para que los terrenos inviésemos nuestro bien más cerca, y á nuestro modo de entender más tratable; entró, vivió y murió pobre de todo lo que tenemos en uso, para que cuando le mirásemos, no viésemos sino á El: y viendo que no encontró en la tierra cosa con que acompañarse, ó que le mereciese, sino nuestros corazones (en los cuales quiere entrar), tengamos también nosotros por indigno de nuestros corazones cuanto hay fuera de El, y le recibamos sin mezcla de otro amor.

Según esto, la pobreza de espíritu es en realidad carecer de la afición de todas las cosas pobres, y que por su bajeza no merecen aprecio, para enriquecerse de lo que no tiene igual, ni bastante estimación. Alumbraos los Santos con estas verdades católicas, se tenían por pobrísimos en la abundancia de las cosas terrenas, y por muy contentos en la falta de ellas: porque teniendo experiencia de unas y otras, vieron que nunca el hombre está más pobre que

cuando todo su caudal no puede juntar cosa que no sea pobrísimas: y tales son las que, por muchas y grandes que parezcan, no pueden de por sí ni todas juntas, satisfacer un corazón que alumbra de la realidad de las cosas, no quiere usar ni emplearse sino en las verdaderas; y como éstas son las que halla en Dios, con ellas solas se tiene por rico, y con las otras cuanto más surtido, más pobre. Según esta verdad, parece que el nombre propio de esta virtud es el de riqueza de espíritu. Mas porque se predica y enseña á gentes que con engaño y ceguedad tiene falsamente por riqueza la abundancia de cosas terrenas, la llama el Señor pobreza, siendo riqueza de espíritu, usando de lenguaje que le entiendan.

Regla de experiencia es, que ninguno tiene por mucho lo que hace, sino el que no tiene espíritu ni aliento para obrar; pues el que le tiene, ni aun con hacer mucho se satisface. El liberal siempre tiene por poco lo que da, porque ni aun con dar mucho satisface la condición; y el miserable que contra genio da, cree que nadie da más que él, dando menos que todos. Pásmase el goloso y destemplado de un día que ayuna; y el templado se pasma de los que deja de ayunar. Piensa el impaciente que ninguno es más sufrido que él, cuando no quita vidas, por una pequeña palabra con que le disgustan; y piensa el paciente que no sabe sufrir si da á entender el más mínimo natural sentimiento de los males é injurias que le hacen. Piensa el codicioso que no hay otro Job en el mundo si le falta el dinero para juegos y demasías; y el que es pobre de espíritu se tiene por el más avariento, cuando ve alguna provisión para sus necesidades, y así de los demás. Por lo que sentimos en nosotros acerca de las cosas, las juzgamos en los Santos. Pásmanse de la pobreza de San Francisco los que están muy aferrados á las cosas temporales. Los que gustaron de sus espirituales riquezas, se pasman de cómo teniendo tanto de ellas, toleraba aún los remiendos con que se cubría. Y así mientras estamos aficionados á las cosas bajas y terrenas, sólo podemos aprender y procurar la pobreza de espíritu; pero después de desprendernos, y ya poseídos del divino amor, propiamente lograremos en ella las riquezas de espíritu.

Dos estados hay en la Iglesia de pobres de espíritu: unos, que con el surtimiento de los bienes propios temporales tienen el corazón desprendido de las cosas que poseen; otros, de los que por voluntad ó por voto, se desprenden de lo que tenían, ó podían tener y desear, para tratar con Dios y mirar las cosas celestiales con más libertad y menos distracción. El primero no es imposible; pero el segundo es más perfecto. Por no ser imposible el primero, castiga Dios justamente á los que por desordenada afición y abuso de los bienes temporales que les da, se arrojan á pecar y pierden los bienes del cielo, que pueñen granjear con los terrenos; porque no concede Dios á nuestra flaqueza los bienes temporales con licencia de tener el corazón asido á ellos, sino sólo para uso de las necesidades, para ocasión de merecimiento y para granjería del cielo; por lo que permitió que hubiese pobres, y dispuso muchas cosas en que se

pueden expender con merecimiento los bienes temporales. San Basilio pondera con mucha consideración, que en las más heroicas virtudes quiso Dios tener en su Iglesia Santos de todos estados tan perfectos, que ni los que profesan la mayor perfección piensen que son más santos, ni los que no la profesan, tengan disculpa para no serlo. En la obediencia tuvo un Abraham casado, tan perfecto, que no le ganará el profeso más obediente, pues sin contradicción se resolvió á quitar la vida á un hijo suyo muy amado, sólo por obedecer; y esto es más que dar la propia vida, que el amor natural suele exponer por librar á los hijos. En la castidad tuvo una Susana casada, tan pura, que por ella perdiera la honra y la vida; y el profeso más casto no tiene más que perder por la pureza prometida. En la pobreza de espíritu tuvo un Job tan desprendido de lo mucho que poseía, que siendo los casos repentinos la mayor prueba de las raíces que tienen preso al corazón, no sintió en la inopinada pérdida de cuanto tenía otra conmoción más que para dar por todo gracias al Señor; y cuando el profeso muy fervoroso en la pobreza prometida llegare á mucha perfección, no juzgará haber adelantado poco, cuando en lances muy prevenidos se hallare tan desasido de las cosas que ya no tiene, como se halló Job en la improvisada pérdida de todas las que tenía. Por donde queda claro, que la pobreza de espíritu se puede ejercitar en todo estado, y á todos oblige, aunque de diverso modo; pues á los que la profesan por voto, les prohíbe la propiedad de los bienes temporales, que sin pecado pudieran poseer, si no los hubieran renunciado; y á los que no la prometieron les prohíbe la afición y uso de los bienes temporales, por el pecado y peligro de quebrantar la ley de Dios. Y en este género pueden ser con la divina gracia perfectísimos.

De dos vicios se han de precaver mucho los que en este estado quisieren ser pobres de espíritu; prodigalidad, que desea tener mucho para gastarlo mal; y avaricia, que junta mucho para no gastarlo. Uno y otro vicio se opone mucho con la pobreza de espíritu: la prodigalidad, porque con gastar adquiere aficiones y otros pecados, que distraen el corazón del amor debido solo á Dios, con quien la pobreza de espíritu se sustenta. La avaricia, porque entierra el amor del corazón, sin dejarle subir á Dios. Pero cuál de estos vicios sea más perjudicial al alma, holgaríame de oír otros pareceres de Santos alumbrados. El mío (sujetándolo á los mejores) es, que el avariento es más grave é incurable que el pródigo, por muchas razones. El fin del pródigo es contentarse á sí y á otros; que es menor mal que el quererle contentar á sí solo. El pródigo tiene por oficio dar; el avariento recibir, y Cristo dijo que es más bienaventurada cosa el dar que el recibir. El pródigo, si gasta por afición de otros vicios que con gustos desordenados comete, no queda pegado á los bienes temporales de que se despende; y el avariento, si deja de cometer aquellos vicios, no es por amor de la virtud, sino por no gastar; y sin duda fuera taur, deshonesto y destemplado, si pudiera cometer sin gastos aquellos vicios: pero la codicia, y no Dios,

le refrena, y queda siempre cautivo de su dinero. Omíto, que para el mundo tiene el pródigo más amigos, es más lustroso y bizarro; el avariento es más tacaño y miserable en todo. Omíto también, que el pródigo goza de su hacienda, y el avariento vive siempre en miseria; y omíto otras cosas, que sirven poco para la virtud, por lo mucho que tienen de mundo y de vanidad.

La cura de estos dos males es más fácil en el pródigo que en el avariento: porque si el pródigo no tuviere más que gastar, y el avariento no pudiese recoger más, queda el pródigo más enfriado en sus vicios, y la misma falta le dispone para conocer sus yerros, y hacer de la necesidad virtud: pero el avariento queda ardiendo en codicia de lo que no puede lograr, y en mayores ansias de no gastar lo que tiene, siempre de peor calidad. Y cuando uno y otro, sin llegar á estos extremos, quisieron volverse á Dios, el pródigo tiene medio camino andado, porque no siente el dejarlo todo, y sólo le falta llorar los males de la vida pasada, y emplearse luego en Dios. El avariento tiene mucho que hacer en llegar á purificarse, de modo que no piense hacer algo en dejarlo todo por Dios; porque como no puede llegar á ser pobre de espíritu sin ser liberal y desprendido de corazón, tiene muchos barrancos que pasar. Al hijo pródigo le trajeron sus estragos á la casa de su padre, cuando se vió con todos los bienes disipados; y al rico avariento le apartó el corazón del cielo el cuidado de no hallar donde recoger lo que tenía, y en aquella misma noche fué sepultado en el infierno. Al Santo Colegio de Cristo no pudo entrar el mancebo que tenía mucha hacienda y mucha afición en ella, aunque fué llamado de Cristo; y los que todo lo dejaron liberalmente, fueron de El recibidos y ensalzados. Por tanto, el que en el estado seglar quisiere ser pobre de espíritu, debe velar sobre la prodigalidad para evitar el desorden en los gastos: pero debe desvelarse en huir de la avaricia, que embota el espíritu, haciéndolo incapaz de los bienes del cielo, porque lo entierra en el centro de la baja.

Del otro segundo estado de los pobres de espíritu, que por voto renunciaron la propiedad de los bienes temporales, hay mucho que decir: mas como tengo en este capítulo al pobre Jesús entre las manos, espejo de esta heroica virtud y Capitán de ella, y no fio de mí, que en la obligación de mi profesión le tenga satisfecho y servido en esta parte; digo sólo por mí, ó contra mí, y todos los de mi estado, que nuestro fin en esta santa virtud, nuestro premio y nuestro tesoro, es Jesús, y por eso es el retrato de nuestra vida, á quien debemos imitar. El es libro que vió el Profeta escrito por dentro y por fuera, para quien con puro deseo le quisiere agradar, porque en todo lee y ve en El las puras verdades que en sí enseña á sus pobres de espíritu; y para los que no quieren desprenderse de corazón de lo que por amor de Dios dejaron, es el libro cerrado y sellado con siete sellos que San Juan vió en el *Apocalipsis*; el cual abrió el Cordero Jesús, le reveló á sus humildes, y encubrió á los soberbios; porque la experiencia nos muestra, que no hay gente

más ciega que la que profesa pobreza de espíritu, si no guardan su profesión; se aferran más á las naderías que tienen á su uso; se inquietan más por tenerlas; murmuran más si se las niegan; y si se las quitan, se desconsuelan más que los avarientos en todos sus tesoros. Esta es una gran desventura en nuestro estado; porque cuanto más pequeñas y bajas son las cosas porque perdemos nuestra quietud, y la pureza del amor de Dios, tanto más apartados estamos de El, y reputados en sus divinos ojos por menos dignos de su amor y de sus espirituales favores; pues El mismo dijo, que quien en lo poco no es fiel, menos lo será en lo mucho. Por tanto, con licencia de todos los de mi profesión, afirmo que no puede ser pobre de espíritu el religioso que no trate de oración y conversación con Dios, donde el amor divino se purifica, y el corazón se desprende de lo que impide su divina comunicación. Y aunque para la conciencia satisfagan con no tener propiedad (si realmente no la tienen en el corazón) para perfección de esta heroica virtud, y para lograr las riquezas de la pobreza de espíritu para que fueron llamados, están muy indispuestos, y nunca llegarán allá sin conversación de aquel que con su presencia y trato consume todas las aficiones de la tierra; el cual se comunica en la oración y en el interior recogimiento, para el cual fueron ordenadas las religiones. Quiera Dios que en El y con El se conserven.

De estos dos estados de pobres de espíritu se puede entender lo que dijo San Pablo, según lo declaró nuestro P. San Agustín, que unos edifican paja y heno sobre Cristo nuestro Bien, que es piedra fundamental de todo espiritual edificio; otros edifican oro, plata y piedras preciosas. Estos se hallarán después con todo su caudal salvos; los otros se salvarán, mas como quien escapa del fuego. Esto es, que el pobre de espíritu que todo lo renuncia, y con eso ejercita las virtudes, se salvará con toda esta mercadería y pedrería, fundado con amor sobre la piedra Cristo. Y los que con uso y posesión de los bienes temporales, que son las cosas que el fuego ha de consumir en el día del Juicio, se fundaron en Cristo, guardando su ley, se salvarán; pero quedando acá todo lo que temporalmente poseyeron, consumido; y como quien se pudiera perder y quemar entre estas cosas, si usara mal de ellas, las dejará perdidas para que ardan, y escapará como del fuego, y sin ellas se irá al cielo. Y ya que, como San Pablo dice, pasa la figura de este mundo, sea Jesús nuestra vida, y así la muerte nos será ganancia.

EJERCICIOS DE LA POBREZA DE JESÚS

Tesoro de soberanas riquezas y de glorias, abundancia perfecta de todos los que os desean, Jesús, mi Dios, mi Rey, mi todopoderoso Señor, mi único bien, y toda mi grandeza, conozcaos mi corazón, y entienda mi espíritu con vuestra luz los deseos de este amor que me tenéis. Hacedme que ame lo que me dais á entender, para que conformado mi corazón con el vuestro, viváis en mí y yo en Vos. Infinitas gracias os doy, porque queréis ser Vos mismo todo

mi bien y toda mi riquísima bienaventuranza. En Vos todo lo tengo seguro, porque sois tan alto, que ningún mal os puede llegar; tan rico, que ninguna cosa os puede faltar; tan poderoso, que ninguna miseria puede haber en Vos. Tenéis más de lo que yo sé entender; prometéis más de lo que puedo desear, y en todo sois mayor de lo que sé comprender. Pusisteis en Vos toda mi perfecta bienaventuranza, en que mi alma se pueda ensanchar y satisfacer, de tal suerte, que fuera de Vos no pueda hallar sino miseria. Pues Señor, si Vos así lo queréis, ¿cómo podré yo querer otra cosa? Acepto esta incomparable merced: enseñadme Vos á saber desear, amar y poseer; desprended mi corazón de toda cosa terrena; quitad de mí el sabor de todo lo que no me lleva y acerca á Vos; desenterrad mi espíritu de todas las hejezas que hasta aquí me tienen cautivo; purificad la capacidad de esta alma, hecha á vuestra medida, para que Vos sólo seáis en mí lo que queréis ser, y yo á solo Vos, todo mi bien, suspire siempre y abraza. ¡Oh todo mi gran bien! ¡Oh qué seguro todo, qué infinito, grande y soberano bien, y cuán verdaderamente mío! Todo sois mío, porque nada de Vos me negáis; grande, porque sois divino; bien, porque sois fuente de bondad, y sois tan propio mío, que ninguna justicia, ninguna razón, ninguna fuerza, me puede quitar á Vos si yo no quiero. Derritase mi alma en Vos, estréchese con Vos todo mi interior, empléense todas mis fuerzas en Vos, pues ni puedo querer más bien, ni es bien que imagine poderle tener fuera de Vos. Arraigad, Dios mío, en mí vuestro amor, para que el peso de la carne no me aparte de Vos, ni me lleve en pos de sí la corriente ponzoñosa de las cosas de esta miserable vida, ni me ciegue ó prive de vuestra luz ninguna afición terrena; y pues sois todo mi bien, no me falte el gran bien de que me defendáis de todo cuanto me aparta de Vos.

Os doy infinitas gracias, Dios mío, de que por libraros de todo lo que de Vos me aparta, no quisisteis tener en esta vida cosa propia, para que cuando pusiese en Vos los ojos, no viese en Vos más que á Vos, á quien debo todo este corazón, y que sólo merecéis todo el amor de mi alma. Todo cuanto hay en el cielo y en la tierra es vuestro, todo se mueve y gobierna por vuestro precepto y obediencia, ni podéis dejar de ser Señor de todo; y si viviendo en esta vida lo hubierais traído todo en vuestro servicio, ni Vos con eso fuerais más rico, ni yo pudiera tomar de ahí justo ejemplo para querer tener mucho de lo temporal; porque yo deseara lo ajeno, y Vos reinabais en lo que os era propio. Pero aun de lo vuestro no quisisteis, Señor, valeros, para que mi ceguedad no se enfiatase en Vos. Desnudo nacisteis; faltaros de todo vivisteis; desnudo moristeis, y voluntariamente renunciasteis todo lo propio, para vivir en medio de lo vuestro, pobre y sin ningún bien temporal, ni una piedra para recostrar la cabeza, ni un palmo de tierra para vuestro sepulcro. Si os faltaba la comida, sufríaislo como pobre; si os la daban, lo agradecíais como pobre; si no teníais calzado, andabais descalzo; si no os daban limosna, no os quejábais: en fin, si os quitaban los vestidos al

pie de la cruz, los soltabais como ajenos; y si en la cruz os faltaba donde morir descansado, sufríais con paciencia el morir sin descansar, desamparado, y sin quejaros, como quien no tenía nada suyo. ¡Oh mi pobre Jesús! Todo os falta en la tierra, donde sois Señor de todo, ó lo desecháis todo, para que todo os falte, y que yo no halle en Vos otra cosa que se parezca, ó que me sepa á Vos, sino á solo Vos. Esa humanidad de todo pobre, me dejáis llena de riquezas de vuestra divinidad, Hijo de Dios vivo é Hijo de Adán verdadero, sin otra cosa que lo que es natural á Vos y á mí, para que haciéndose unión de esto en puro amor, sin mezcla de otra cosa terrena, viva yo en Vos y de Vos. Adóroos, mi único perfecto bien y singular riqueza.

¡Oh Señor! Tened misericordia de mí; compadeceos de mi bajeza y brutice. Que os tengo á Vos desaparegado de todo, para que todo me emplee en Vos, y yo, miserable, os dejo y ando asíéndome á lo que Vos desecháis; ando por los muldares hambriento, pensando que me puedo saciar fuera de Vos con cosas que en Vos no veo. Siempre, como perro, tomo lo peor y lo desechado. ¿Qué bien me puede traer el regalo del cuerpo, que Vos rehusasteis; el favor de los hombres, que despreciasteis; la opulencia de lo temporal, que renunciasteis; los cuidados y ocupaciones terrenas que de Vos sacudisteis, y la honra y todo lo demás de que os hicisteis pobre? Vos, á quien todo era debido y á quien nada podía empequeñecer, tuvisteis por mejor la falta que la abundancia, por amor de mí; y yo me tengo por desdichado en la falta de las cosas y por feliz en la abundancia, sin veros á Vos entre ellas. ¡Oh ciego y miserable de mí! Hechizarme las cosas temporales; róbanme la afición; quítanme el amor que os debo; hácenme pobre de Vos y de vuestros bienes divinos; derríbanme en todos torpes, y todavía juzgo que soy pobre cuando me faltan cosas tan asquerosas, y que soy algo cuando las tengo. ¡Oh buen Jesús, no sé amaros ni estimaros, porque trueco el amor y estimación que os debo, y la doy á lo que Vos no quisisteis dar lugar en vuestra compañía! Si nada de lo que amo se halla en vuestra morada, ¿cómo os he de hallar en la mía, llena de amor de lo que Vos apartasteis de la vuestra?

¡Oh bondad infinita, que no queréis la muerte del pecador, sino que se convierta y viva! ¿Qué puedo hacer sin Vos? Vos no quisisteis ser pobre, para que en Vos me faltase cosa alguna, sino para que supiese que no puedo ser rico, sino de Vos. Esto que queréis, es lo que vuestra pobreza ha de hacer en mí. Bien veis que cuando poseo alguna cosa de la tierra con afición, ó la solicito con deseo desordenado, tengo allí el sentido, allí empleo el gusto, á aquello doy las horas y el cuidado, por aquello me inquieto; y mientras así estoy, no me acuerdo de Vos, olvido de las horas de orar á Vos en espíritu y verdad, no me acuerdo de la obligación que tengo de amaros, doy de mano á los espirituales favores que me queréis hacer; y lo que, no sin vergüenza, debo confesar delante de Vos, de tal suerte me embebo en las cosas de mi apetito, ya sean de las menu-

das, ya de las que el mundo más aprecia, que cuando me quiero acordar de Vos (triste de mí) me hallo preso y cautivo, sin saber levantar á Vos los ojos. Préndeme una bagatela cómo á niño, un apetito como á enfermo, un pequeño gusto, no sé cómo á quién; porque soy tal, que mis bajezas no tienen nombre, ni tienen ser, ni tienen más que ponzoña para matarme, cadena para prenderme, maroma para tirar de mí, no sé cómo; pero sé que me apartan de Vos. Y lo peor es que descuidado con estas cosas, no veo los pecados, tentaciones é inquietudes de la vida en que caigo, sin sentirlo, sino cuando me hallo perdido y ya sin fuerzas. Vos lo veis y conocéis su gravedad, quien sólo lo podéis curar. ¡Oh mi Redentor pobre, tened piedad de estas pobreza! Estas son las que Vos no queréis que yo tenga; éstas las que aborreceis en mí, porque por ellas os pierdo. Confieso que no sé desprenderme y renunciarlas como conviene; mas tal cual Vos me veis, me arrojo á vuestros pies. Desatad mis prisiones; deshacer estos nudos y lazos de mis terrenas aficiones; dadme un fuerte espíritu y desprendimiento de todo lo que Vos desecháis, y unid en Vos todos mis cuidados, pues sois el verdadero remedador y médico de esta alma.

Divina luz y rica bondad de mi pobreza; oid, Señor, y responded al interior de esta alma; habladme, palabra eterna de Dios, y enseñad mi deseo que de Vos quiere aprender. Por ventura, Señor, estando tan desprendido de todo, y tan amigo de vivir de todo falto, ¿echáis acaso fuera mi corazón y queréis también vivir pobre de él ó sin él? ¡Ah corazón de mi corazón! ¡Ay alma de mi alma! ¡Oh vida de mi vida! Este ciego corazón me dice que no, y me lo dice porque Vos lo enseñáis. De todo os desprendéis, para que yo solo tenga entrada; de todo os apartáis, por estar desocupado para mí; de todo os hacéis pobre, para que este corazón supla el lugar de todas esas faltas. De mí os queréis mantener, vestiros de mí, reclináros en mí, satisfaceros de mí, cuando todo os falta. Para eso sois pobre, para que todo pobre corazón juzgue que puede ser vuestro recogimiento y morada. Venid, Jesús mío; venid, pobre mío; reclinad aquí vuestra cabeza en este pobre corazón. Recogeos en el nido de esta alma; no digáis más que no tenéis dónde reclináros, pues aquí me tenéis. Acordaos que cuando vivíais en el mundo tan pobre, os convidó el publicano Mateo á comer con pecadores, tan pobres como yo de vuestros bienes; y entre ellos estuviésteis tan contento, que no se os daba nada de los grandes que lo murmuraban. Entonces el pecador Zaqueo deseó veros, y para que lograse á toda satisfacción, os convidasteis á ir á su casa y la dejasteis santificada. La Magdalena os fué una vez á buscar á casa ajena, donde fué perdonada; y Vos, de allí en adelante, la ibais ya á buscar á la suya, como vuestra. Cuando todo lo desechábais, llamábais á todos los cargados, á todos los embarazados, á todos los apartados de Vos, prometiendo que á todos los recrearíais. Sólo de ser amado de nuestros corazones estáis hambriento y deseoso, y de todo lo demás (para esto) falto y necesitado. Pues Señor, ¿quién me detiene?

¿Quién me quita no tener un lugar á la par de Vos? Es verdad que no soy digno de que entréis en esta alma; pero Vos no mirasteis á mi bajeza para dejar de llamarme á Vos; y cuando dijisteis que en la cruz lo arrastraríais todo, no me echasteis á mí fuera. Pues, Señor, ya que yo no soy menos vuestro que todos los demás, venid como al más errado y más ciego, que no sé dónde, ó por dónde he de ir; venid á esta alma que ahora os desea, y si ha de ser en alguna hora, sea en ésta, y basten ya mis pobreza y pérdidas pasadas; desde ahora para siempre acompañaos con este corazón. Mirad, Señor y bien mío, que jamás desechasteis ninguna suerte de pobres. De santa pobreza nacisteis, santo y pobre os crió, en casa pobre habitasteis, en pobre cruz moristeis, pastores ignorantes y pobres escogisteis, discípulos pobres é imperfectos llamasteis, pecadores espiritualmente, pobres tratasteis, y entre dos ladrones pobrísimos de virtudes espirasteis. Todas las pobreza os contentaron y las aceptasteis por compañeras: unas para ejercitarlas, otras para curarlas y enriquecerlas. ¿Pues cómo puedo yo quedar fuera? Yo soy más pobre de bienes que los ladrones; para Vos soy pobre; esto me basta para Vos y para vuestra compañía; recibidme, pues, en ella, buen Jesús; curadme, enriquecedme, poseedme, santificadme, y yo os amaré, y Vos seréis glorificado de mí.

¡Oh mi pobre Señor! ¡Oh mi pobre Jesús! Pobre os veo, mas no sé qué siente este mi pobre corazón, que no me puedo apartar de Vos, y no sé qué grandezas veo en esta vuestra pobreza. Yo las adoro cuanto puedo: concededme Vos, que las ame cuanto debo. Todo aquello de que Vos estáis pobre, empobrece las almas que lo poseen con afición desordenada; y los que por vuestro amor nada tienen ni desean, viven por Vos muy ricos y contentos. Las almas de vuestros pobres están llenas de luz, ilustradas en vuestros secretos, sabias sin otro Maestro más que vuestro espíritu; riquísimas de bienes divinos, que no se pueden decir ni imaginar; contentísimas sin cuidado que las perturbe; en perpetuo sosiego y tranquilidad; con los cuerpos en la tierra, es su conversación en el cielo; y en cuerpos de barro tienen vida y excesos angélicos. El gusto que los mundanos ciegos buscan y no hallan, ellos le tienen; el señorío de todo le poseen, sin tener nada; la alteza de corazón entre miserias terrenas sólo ellos la conocen y gozan; el poder contra todo enemigo sólo ellos le usan como propio. A los ojos del mundo son gusanos despreciables; á los vuestros son príncipes y señores. Fastidiados de cuanto el mundo estima, y siendo ellos fastidio para el mundo, se deleitan en vuestros espirituales banquetes, ni quieren otros manjares, sino los celestiales. ¡Oh buen Jesús! Cuando mi corazón desprendido de todo, gozoso y rico de Vos, anegado en la abundancia de vuestras riquezas, os dirá con toda su alma: ¡Padre mío, riqueza mía, hartura mía, bienaventuranza mía! Verdad es que siempre lo sois en realidad; pero mi corazón no lo siente sino cuando Vos queréis. Cuando llega vuestro toque interior, quitando las nieblas de esta alma, y consumiendo todos sus terrenos deseos,

con cuán diferente conocimiento os dice entonces, sabiendo, amando y deseando lo que dice: ¡Dios mío, amor mío, riqueza mía, consolación mía, y toda mi satisfacción! Porque entonces de veras gusta de Vos, como de cosa suya, no teniendo en su corazón otra cosa sino á Vos. Huye de mí, tierra; dejadme, terrenos pensamientos; apartaos de mí, amigos, cuidados, deseos, naderías terrenas; dejadme abrazar con mi pobre Jesús, con mi amigo Jesús, con todo mi bien Jesús, desahogando mi corazón con la entonación de este salmo: *In te Domine speravi*, etc.

En Vos, mi buen Jesús, tengo toda mi esperanza, mi ser, mi fortaleza; en Vos estribo, en Vos pierdo de todo el miedo, ni jamás podré avergonzarme de Vos, ni correrme de haberos amado, creído, y haberlo dejado todo por Vos. Cuando todo fuere contra mí, Vos, mi Jesús pobre, saldréis por mí; vuestra bondad que aprobó la pobreza de espíritu y me enriquece con ella, esa me libraré de todo mal, de toda flaqueza y de toda perturbación. *Inclina ad me aurem tuam*, etc. Oid, Señor, los clamores de este corazón; dad oído á los deseos de esta alma que os desea; apresuraos á librarne de todo lo que de Vos me aparta, y de aquello que en el mundo me engaña. A Vos escojo por mi soberana riqueza; disipad las tinieblas que quieren cegar esta luz para apartarme de Vos, y robarme esta preciosísimo tesoro. *Estó mihi in Deum protectorem*, etcétera. Portaos para conmigo como mi Dios, pues lo sois; ni me dejéis amar otra cosa con el amor que á Vos os debo como Dios. Sed mi amparo y protección, y no me dejéis confiar en cosa fuera de Vos. Sed mi defensa, refugio y mi salvación, pues sólo Vos tenéis para todo suficiente poder, bondad, riqueza, fortaleza y liberalidad. *Quoniam fortitudo mea*, etc. Cuando Vos me mandasteis imitaros, y dejarlo todo por Vos, bien sabíais mi flaqueza; pero entonces os obligasteis á ser mi fortaleza; os obligasteis á ser mi refugio en todas mis necesidades; os obligasteis á no mirar á mis merecimientos, sino á la grandeza de vuestro nombre, de vuestra bondad, de vuestra misericordia, para guiarme y sustentarme, como quien sois y no como yo merezco. *Educes me de laqueo hoc*, etc. Seguro vivo, buen Jesús, en esos brazos; seguro en ese amor, de que me libraréis de los lazos que el enemigo arma á mi flaqueza; porque no quisisteis que os tuviese por mi protector y defensor, sino para no tener miedo de mi cuerpo, cuando con alguna falta y pobreza se queja; ni de ninguna flaqueza, cuando le parece que no puede con la necesidad; ni del mundo, cuando me desprecia y me tiene por engañado en seguirs; ni del demonio, cuando variamente me tienta; porque queréis que amándoos é imitándoos, viva seguro en Vos, de que para todo lo que mandáis, dais gracia, y para defendirme de los enemigos sois poderoso. *In manus tuas*, etc. Pues, Señor y Dios mío, con todas mis miserias, pobreza, pecados, flaquezas, y con todos los deseos que me dais, y con todo lo que me inspiráis, me arrojo en esos vuestros paternales brazos, me pongo en esas manos que me confortan. A este espíritu que criasteis á vuestro

tra imagen y semejanza, reformadle Vos con la sabiduría que me habéis enseñado. Vos, Salvador mío, me redimisteis de mis pecados, no sólo muriendo por ellos, sino enseñándome, como Dios de la verdad, verdades que el mundo no conoce. Dadmelas á conocer y sentir, así como queréis que las entienda; hacédmelas amar, como queréis que las desee; hacédmelas poner por obra como queréis que las siga. No falte esa mano poderosa que me hizo, sin la cual ningún bien puedo hacer, para que ayudado de ella, pobre y desprendido de todo lo que de ella me aparta, viva sólo de los bienes y riquezas de espíritu que en sí encierra y que de sí comunica.

Oh sacratísima Madre de Dios, pobrísima imitadora de la pobreza de Jesús, y riquísima tesorera de sus gracias; no sois Señora y Madre de pobres para desear á los pobres pecadores, sino para enriquecerlos; favorecedme con el espíritu que tantas riquezas nos dió por la pobreza. Ayudad, corte celestial, á este pobre con vuestra virtud, para desprenderse de lo temporal, y merecer y conversar en vuestra compañía. Amén.

TRABAJO XII

Aspereza de la vida.

LA vida de pobreza voluntaria tiene ordinariamente aneja á sí la virtud de la penitencia en la aspereza y rigor con que los cuerpos son tratados; porque los Santos que fueron pobres de espíritu y los que lo fueron también corporalmente, careciendo de los bienes temporales, que por amor de Dios renunciaron, para asegurarse más de los lazos que el enemigo y la naturaleza arman contra esta virtud, juntaron á ella la aspereza de vida y penitencia, cada uno á su modo, y según sus fuerzas, más ó menos, para hacer servir el cuerpo al espíritu, refrenarle en los apetitos de sus demandas y ejercitar mejor con la mortificación corporal lo que el Señor enseñó, de que aborrezamos el cuerpo para salvar el alma. No faltó esta virtud en la perfectísima vida de Cristo nuestro Señor; porque aunque no tenía necesidad de mortificar su carne, que estaba muy sujeta y obediéntísima al espíritu; con todo eso, como venía á la tierra á mostrar en sí la forma de todas las virtudes, no dejó de dar ejemplos perfectísimos de todas, y especialmente de aquellas que nos eran más necesarias, aunque pareciesen en la Majestad de su persona menos propias. Y como había tomado sobre sí la satisfacción de nuestros pecados, así como en su Pasión no perdonó á ningún tormento, tampoco omitió en la vida las penosas, rigurosas y trabajosas obras de virtud, con que pudiese alligir su sacratísimo cuerpo. Como Redentor de pecadores veía cuán necesaria nos es la virtud de la penitencia; y ya que la interior, que es el dolor de los pecados propios, no cabía en su soberana pureza, quiso ayudarnos, enseñarnos y excitarnos á abrazarla (como una saludable tabla en el naufragio), tomando sobre sí la parte exterior de ella en la aspe-

reza de la vida, para enriquecer la nuestra con las riquezas de su pobreza, y santificarla con la perfección de la suya.

Muchos santos hicieron vida más áspera que Cristo, como vemos en el Bautista, que ni vestía, ni comía como hombre, y así en esta parte era tanto más admirable á los ignorantes ojos del pueblo (que suele ser bajo ponderador del verdadero valor de las cosas) que los ciegos y perversos fariseos motejaban á Cristo nuestro Bien de que comía y bebía vino, y que era amigo de mesas de pecadores. Mas dado caso que éste y otros santos excediesen al Señor en el rigor de vida, ninguno pudo llegar á la perfección de la suya; porque la virtud de la penitencia hacía en los Santos más bajo oficio que en Cristo; pues en aquéllos refrenaba las bastardías de la naturaleza, castigaba sus desordenados apetitos, cortaba las malas raíces de aficiones, siendo como oficio de cirugía en las llagas propias; pero Cristo sin nada de esto daba eficacia á la penitencia de los Santos, mereciendo con sus obras penales, gracias riquísimas y bienes de espíritu y de gloria para los penitentes. El fin y perfección de esta virtud en los Santos es disponer el alma para la pureza del amor de Dios, y ayudar á conservarle; en Cristo procedía de perfectísimo amor, y era demostración de su infinita caridad. En fin, por no alargarme más, la penitencia en los Santos es medicina de pecadores; en el Redentor es unguento de pecados; por tanto, correspondía que en los Santos, como pecadores, fuese más rigurosa, y en nuestro Redentor más ejemplar é imitable.

Por esto no quiso mostrarse soberano sino en las cosas en que no podía, ni quería ser imitado de nosotros (como en la majestad de los milagros que hacía, y en la autoridad con que enseñaba y hacía sus obras), pero en las cosas en que nos obliga y mueve á su imitación, se acomodó al común modo de vida santa en lo exterior, sin extremos, para no espantar nuestra flaqueza; y sin ninguna relajación, para contener el desorden de nuestra naturaleza. Su vestido era de lana; su comida sin ninguna apetitosa invención de sabores; la más ordinaria era agua y pan, y éste la mayor parte de cebada; y si por convidarle aceptaba otra cosa, luego volvía al curso de su rigor. La cama era el suelo; la almohada cualquiera cosa dura. El sueño era el que en rigor bastaba para sustento de la naturaleza, en que no quiso valerse de milagros, por no deshacer el crédito de su verdadera humanidad. Y sí como humano se quebrantaba el cuerpo muchas veces con la dureza del suelo y continuación de las vigiliias, no dispensaba con él, haciéndole que como obediéntísimo siervo padeciese el trabajo que en estas cosas quería sufrir por nosotros. En la oración era larguísimo, de día y de noche; en los ayunos muy continuo, y en los otros ejercicios de aspereza, como sufrir fríos, calores y otras penalidades, fué muy riguroso consigo. Si usó de cilicios y disciplinas, no lo afirmo, porque no hallo escritas estas individualidades; pero tampoco me atrevo á negarlo; porque fué tan largo en dejarse atormentar por nuestros pecados con azotes, escarnios y nuevas invenciones de tormentos, que puede